

CAPÍTULO IX.

Excesos de los liberales resumidos en cinco palabras : incendio, asesinato, robo, estupro y guerra á la autoridad. — Salvajismo de Carvajal y de Rojas. — Las matanzas de San Juan del Teul. — Plan de Zacate Grullo. — Aprobación dada por el partido liberal á aquellos excesos.

ENormes é inauditos fueron los excesos de toda clase que las guerrillas liberales cometieron, no sólo contra el clero, sino contra la sociedad entera. Reconoce un escritor liberal que « pocas menciones hace la Historia de guerras civiles en las cuales las pasiones, la codicia, el espíritu de latrocinio y los odios de partido hubiesen manifestádose con tanta violencia como la que provocaron en México la abolición de los fueros eclesiásticos y la desamortización de los bienes del clero. » (Cos. t. 19. p. 856)

Al lanzarse aquellas guerrillas á la revolución, no fué tanto su objeto procurar el triunfo de la causa liberal, como saciar sus instintos brutales, dando completo desarrollo á un programa que resumirse puede en las palabras : incendio, asesinato, robo, estupro y guerra á la autoridad. Nunca podrá el partido liberal sincerarse del cargo que le hacen sus mismos partidarios de haber dado rienda suelta á todos los bandidos de México, y de haber prohiado los crímenes espantosos que aquéllos cometieron peleando bajo la bandera juarista.

« Ciertos hombres como Aureliano Rivera, educados en la escuela de la guerra civil, faltos por completo de cultura intelectual, é incapaces, por consiguiente, de apreciar el valor moral de las causas que sostenían, ni de comprender los motivos que hacían lícito el hecho de empuñar las armas, escribe Cosmes, tienen la conciencia de que proceden rectamente, lanzándose á la pelea, y de que no son verdaderos patriotas y buenos ciudadanos más que aquéllos que toman parte activa en las rebeliones contra el poder establecido. Este poder, cualquier que sea, es á sus ojos un tirano; y ¿no se sirve acaso á la patria combatiendo á la tiranía? Este erróneo criterio, que era el corriente entre la mayoría de los hombres de acción, no es por cierto el de la generación mexicana actual, y á la cual debe serle difícil explicarse como pudo haber hombres que de buena fe creyesen que era muestra de constancia y de firmeza de principios el combatir por medio de las armas á todo individuo que ocupase el poder supremo, aun cuando esos mismos hombres hubiesen luchado para elevarlo al puesto que ocupaba. Y sin embargo, esos hombres existían, y Aureliano Rivera era uno de ellos. Para él, lo mismo que para muchos otros, el trastorno y la guerra civil constituían el estado social perfecto, creyendo que los verdaderos principios liberales consistían en hacer la guerra á la autoridad. » (t. 19. p. 428)

En esta misma creencia estaba González Ortega á quien pertenecen la siguiente proclama que dirigía á sus forajidos el 11 de agosto de 1860 : « En México hay ricos sibaritas y tesoros inmensos en los templos. Todas estas riquezas os pertenecen, y yo las distribuiré entre vosotros con la misma pureza con que os repartí las alhajas de la parroquia de Zacatecas y catedral de Durango. Mis amigos ¡adelante, adelante! Marchemos á la capital. La Reforma se abrirá paso, y mal que pese á los retrógradas, allí donde la hermosura ostenta sus arreos y lozania, habrá matrimonios civiles; y las bodas las celebraremos á los pies de la estatua de Venus. » (Av. 16 y 22 de agosto de 1860).

« La república mexicana, escribía Vidaurri á Zuazua, (7 mayo 1858) está degenerada; su raza con exclusión de la del norte, envilecida; y toca á nosotros regenerarla. ¿Cómo? Ya lo sabes : haciendo que los valientes hijos de la frontera se enlacen sin más bendición nupcial que la mía ó la tuya, con las bellas hijas de los Estados que para nuestra coalición vayas conquistando. » (Av. 19 mayo 1858).

Conforme á este programa, Pueblita robó en San Miguel de Allende una hacienda, y antes de asesinar á su dueño, le impuso el tormento de hacerle presenciar la violación de su esposa por diez de los bandidos que acompañaban á dicho guerrillero.

En Huamantla, se lazaba á las mujeres en la mitad del día y en presencia de Carvajal, para que sirviesen de pasto, en medio de las calles y dentro de la parroquia, á la impúdica brutalidad de las hordas liberales. (Av. 30 mayo 1859).

En la hacienda de San Nicolás de los Agustinos, cerca de Salvatierra, los liberales se robaron el cáliz y los ornamentos de la capilla, empleando los galones de las casullas en franjas de pantalones, y las albas en enaguas de las meretrices que los acompañaban. En seguida, violaron á todas las mujeres sin respetar la poca edad de algunas de ellas; pues, las gavillas de Cuellar y Juan Díaz no tenían escrúpulo en ultrajar torpemente á niñas de ocho años, diciendo que ésto era el justo castigo que los liberales reservaban á sus opresores. (Av. 10 julio, 25 junio 1858, y 14 ag., 1860).

La gavilla de Cuellar invadió á Papantla. Sus bandidos violaron á diversas mujeres y descuartizaron á una joven después de haber abusado de ella varios bandidos. (Av. 4 oct., 1860).

En julio de 1860, las gavillas de Aureliano Rivera y de Juan Díaz, después de un reñido combate, se apoderaron de Xochimilco; y para vengarse de la oposición que se les hizo, quemaron las cuarenta casas del pueblo, destruyeron los plantíos de verdura, arrojaron de la torre de la iglesia al suelo á los que encontraron allí defendiéndose, robaron á todos, mataron á muchos, estupraron á todas las mujeres, y, en recuerdo de su lubricidad, á toda mujer violada le cortaron el cabello.

Otro caudillo liberal, Antonio R. Landa, reconocía que en su escuadrón de Coscomatepec, « todos los soldados cometían diariamente abusos, y que era escandaloso el robo de reses efectuado todas las noches por estos bandidos. »

El guerrillero José María Morelos confesaba lo mismo en esta carta por él dirigida á Zaragoza desde Monterrey : « Nuestros soldados no se vienen para ver á sus familias; sólo procuran regresar trayendo bestias y alhajas. Las dejan, y les es indiferente volver á la guerra. Ésta es la verdad; y ya ve usted si el estímulo de un botín es suficiente para excitar su codicia que nosotros llamamos valor. Lo que importa es que encuentren siempre donde ejercitar su industria, y que no se les pongan trabas á sus buenos deseos. » (*Av.* julio 1860. 5 oct. 5 dic. 1859). No habiendo hallado el General Simón Gutiérrez donde ejercitar su industria, se metió á plagiario y murió en Gualajajara matado por la policía. (*Cos.* t. 20. p. 452).

En junio de 1860, González Ortega vino á la finca de Salinas y con el pretexto de que el administrador de ella, Ciro Alcain, estaba en relaciones con el General conservador D. Silverio Ramírez, le increpó duramente y le previno se dispusiera para morir si no le entregaba unos \$ 100,000. Alcain que fiaba mucho en su inocencia y contaba con desarmar la codicia de Ortega, no quiso ceder, y en la misma noche fué sacado de Salinas y llevado á la hacienda del Carro, Estado de Zacatecas, donde á su presencia se formó el cuadro y se designaron los soldados que debían fusilarlo. La víctima se sobrecogió de pavor, perdió el habla y á señas pudo indicar á sus dependientes que lo salvaran mediante la suma de \$ 60,000 que recibió sin remordimiento González Ortega. (*Av.* 10 julio 1860)

¿A veces, los guerrilleros liberales robaban indistintamente tanto á sus amigos como á sus enemigos, pasando unas escenas parecidas á la que en tono humorístico refiere *El Diario de Avisos* en estas líneas : « Así, por ejemplo, se encontraban una hacienda al paso, en la cual veían unas treinta ó cuarenta mancuernas de bueyes; el cabecilla preguntaba cuyos eran; y sabiendo que el dueño era Juan : ¡Ah maldito reaccionario! exclamaba; con estos animalitos nos haces la guerra. Has pecado, y tus bueyes los emancipo de la odiosa servidumbre en que los tienes. ¡Sus! muchachos; cada cual llévase el suyo. Pero sucedía que el tal Juan daba pruebas de liberalismo; y entonces el cabecilla, cambiando de tono decía : ¡Ah! muy bien; estamos entre amigos, y por consiguiente en nuestra casa. Defendemos una causa misma; y el que sirve al altar, del altar come. Así es que esos treinta ó cuarenta bueyes servirán para alimentar á los defensores de nuestra santa libertad. ¡Vamos! muchachos, aquí nuestro amigo contribuye con esa pequeñez á los gastos de la guerra. » (16 marzo 1860)

Confesaba el General liberal Echeagaray que « los rancheros estaban tanto en contra de los oficiales liberales, por los males que les habían causado, que cuando los hallaban dispersos, los mataban como á perros. » (*Paz.* t. 1. p. 150)

En septiembre de 1859, Alariste logró apoderarse de Zacapoaxtla después de un reñido combate. Sus soldados frenéticos de rabia, dieron muerte á más de doscientas personas inofensivas, saquearon todas las casas é incendiaron los pueblos de las inmediaciones, Tatostac, Ahuacatlán y Atagpan, después de haber reducido á cenizas un barrio de Zacapoaxtla. Para gozarse en su obra incendiaria, Alariste se subió á un punto llamado

Comaltepec, desde donde vió con sumo placer salir de entre las llamas á los hombres pacíficos, á las madres cargando en brazos á los inocentes hijos por librarlos del fuego abrazador. Unas dos infelices mujeres llevaban á dos criaturas recién nacidas; y porque eran esposas de conservadores, les cogieron los niños por los pies, y rompiéndoles el cráneo contra el suelo, decían : Puesto que tu padre no parece, tú pagarás su rebeldía, y de esta manera irá concluyendo poco á poco la raza de los hipócritas. (*Av.* 6 y 20 oct., 1859)

En aquellos tiempos calamitosos se cortaba las orejas á los conservadores (*Av.* 22 febr. 1858), « se degollaba á los ancianos, se fusilaba á las mujeres, y vieron las madres arrojar á niños lactantes en peroles de agua hirviendo. » (*Voz,* 5 dic., 1896) « El lector juzgará de ésto como quiera, dice gravemente el honorabilísimo señor Vigil (p. 451), como lo llama Frías y Soto (p. 101), gran debelador de frailes y demás malandrines; por lo que á nosotros toca, preferimos consignar el hecho de no haberse manchado la causa liberal con la sangre de ningún enemigo vencido. » Y éso que en la composición de su pretenciosa Historia de la Reforma, proclama el referido autor que « procuró colocarse sobre toda mira apasionada. » (p. 53) ¿Qué otra cosa más enorme, pues, hubiera podido decir, caso de no haberse colocado en un lugar tan eminente? Por lo que á nosotros toca, preferimos consignar las ingenuas palabras del panegirista de Juárez sin ningún comentario, para que vea el lector con qué torpeza los masones defienden la causa del retroceso y barbarie, y con qué justicia se expresó *La Voz de México*, al apreciar en estos términos la obra de Vigil : « Mal que pese á los secuaces del liberalismo, ella será tenida por los imparciales como un monumento levantado á la mentira, á la pasión política, á la hostilidad más estudiada á la religión, á las tradiciones y á los intereses más caros para México. » (27 junio 1890) El único sacerdote que paladea con delicias las injurias que en su desprestigiada Historia lanza al clero el señor Vigil, es Agustín Rivera, quien la proclama « obra muy interesante. » (p. 298) Sin duda, será para oírse llamar « honrado y sabio sacerdote » (*Porv.* p. 72), por Bulnes quien en un acceso de clerofobia, denuncia « la plaga clerical, y la infamia del catolicismo, el cual es el atentado más horrible contra el individuo » (*Porv.* p. 94, 81, 69), según ese talento que, hasta para blasfemar, tiene que plagiar á los autores franceses.

Cuanto á Manuel Doblado, tampoco manchó la causa liberal con la sangre de ningún enemigo vencido, por más que se jactara de haber mandado fusilar á más de mil setecientas personas en el solo Estado de Guanajuato. Respecto al Estado de Jalisco, su gobernador Pedro Ogazón publicó el 21 de julio de 1861, un decreto en cuya virtud condenaba á muerte á todos los oficiales y soldados que habiendo militado en el ejército conservador, se quedasen en el Estado sin permiso expreso de su gobierno, asimismo á todos los antiguos empleados civiles del gobierno conservador que « de cualquier modo que fuere » estuviesen hostiles al Gobierno liberal. (*Dom.*)

« Entre todas las guerrillas que asolaban á la República, dice Rivera, ninguna cometió los excesos que la mandada por Carvajal, compuesta casi toda de ladrones y asesinos que diariamente ejecutaban los más grandes atentados. El desgraciado territorio de Tlaxcala fué el que más sufrió, lle-

gando á estar los pueblos y haciendas en la mayor miseria, por los continuos movimientos de los guerrilleros y de los que los perseguían. Por todas aquellas comarcas veíanse cenizas de los incendios, derribadas las propiedades de los que pasaban por conservadores, y aun la de muchos liberales. Porción de huérfanos lloraban las consecuencias de la brutal conducta de las guerrillas tan terribles como odiosas. En esta época luctuosa no conoció límites la tiranía de Carvajal; á sus mandatos nadie resistía, y ganados, carros, semillas y peones quedaban á su disposición.»

Vísperas de acercarse á México, Carvajal ordenó que fuesen cogidos de leva doscientos hombres entre Tlaxcala y sus inmediaciones. Su orden se ejecutó en hombres pacíficos, honrados, y en los infelices labradores. Multitud de esposas, madres é hijas fueron á arrodillarse á los pies del caribe; y en vez de proporcionarles consuelo, ordenó el infame que todas fueran conducidas al cuartel y puestas á disposición de la desenfrenada soldadesca.

Un año más tarde, en una población del valle de México, esos mismos bandidos de Carvajal, al saquear una casa, descubrieron en una pieza retirada á tres jóvenes que por temor á los brutales instintos de esos sátiros se habían ocultado. En el acto se abalanzaron á ellas, y con puñales y mosquetones obligaron á los padres de las niñas á que, arrodillados y teniendo velas en la mano, alumbraran la deshonra de sus hijas y las lúbricas acciones de aquellos monstruos. Tales cosas, decía *El Diario de Avisos* (14 nov. 1859. 26 sept. 1860), no han llegado á hacer los salvajes indómitos de la frontera.

El 13 de octubre de 1860, lograron entrar á Querétaro las chusmas de Carvajal, y cometieron como siempre horrendos crímenes, contándose, entre otros, el robo sacrílego que perpetraron en la iglesia de la Congregación, llevándose sus alhajas y vasos sagrados cuyo valor pasaba de cien mil pesos. Carvajal personalmente desengastaba de las custodias las piedras preciosas con su navaja y las guardaba en la bolsa, lo mismo que las gargantillas y anillos que tenían las imágenes de los santos, muchas de las cuales fueron mutiladas sacrílegamente, después de esmerarse á porfía en prodigarles insultos y obscenidades. 'A San Benito de Palermo, cuyo templo saquearon, lo vistieron de blusa y en seguida lo fusilaron. Se ensuciaron sobre los altares, pusieron sus caballos en las iglesias donde los amarraron de la barandilla; y las iglesias las convirtieron en burdeles. Ninguna mujer, de cualquier clase social que fuese, podía salir á la calle sin que allí mismo, delante de todo el mundo, á la luz del día, no se viese violada. El número de aquellas infelices ascendió á más de doscientas. Al caer la noche, comenzó la leva de mujeres de todas clases, quedando presas en San Francisco durante toda la noche para servir de pasto á la lubricidad de las hordas de Carvajal. Entre otros crímenes que el pudor no permite referir, cuéntase que hicieron pedazos á dos niños de tres años á quienes llevaban sus madres cuando fueron arrebatadas. Las soltaron sólo en la mañana del día 14 en que esos bandidos tuvieron que salir apresuradamente al saber que se avanzaba sobre la ciudad el General conservador Tomás Mejía. Con razón decía en su parte oficial el General Leonardo Márquez: « El pueblo está tan indignado, que ha costado trabajo contenerlo,

para evitar que desfogase su cólera en las casas de los demagogos. » (*Av.* 20 y 23 oct. 1860)

En el encuentro desgraciado que los Generales conservadores tuvieron el 26 de diciembre de 1859 con las chusmas de Carvajal, cayó prisionero el Coronel Daza Argüelles quien peleó contra los norteamericanos al lado del General Arista, cuando contaba apenas quince años, y perdió uno de sus miembros en esa guerra. Después de haber insultado á su prisionero de la manera más cobarde, Carvajal lo mutiló, le sacó la lengua y en seguida lo fusiló. (*Av.* 3 y 4 enero 1860)

« El immaculado Ocampo, » á quien sus admiradores nos representan como á un filántropo en quien estaba encarnada la misma bondad, y cuyo « corazón, dice Ruiz, era un cáliz lleno de amor y de ternura, y por éso le espantaban tanto las guerras civiles, » (p. 34) se indignaba, sin embargo, ante lo que él llamaba « la lenidad, dulzura, caridad é inspiraciones del corazón generoso de Carvajal, » á quien increpó por este motivo en una carta que le dirigió el 28 de septiembre de 1858 (*Oc.* t. 2. p. 304, 306, 307).

Durante la guerra de la intervención francesa, Juárez mandó al General Manuel Márquez de León que se pusiera á las órdenes de ese monstruo, lo que valió á Juárez esta respuesta del General de referencia: « Cuando yo me batía en contra de los invasores norteamericanos, defendiendo la integridad de nuestro territorio, Carvajal era un traidor que servía al enemigo como contraguerrillero, y por muchos años fué salteador de caminos. Con tales motivos, la dignidad no me permite militar bajo su mando. Dispuesto siempre á sacrificar por mi patria hasta la última gota de mi sangre, no me siento con fuerza suficiente para sacrificarle el honor. Y para no hacer parte de una gavilla de bandoleros, entrego la brigada al Coronel D. Remedios Meza, para que con ella se ponga á la disposición de Carvajal. Entronizando usted el vandalismo, nos hace más perjuicio con su política que los traidores con su intervención. Los pueblos son empujados á la traición á fuerza de vejaciones. En efecto, las bandas de general con que sólo se deben premiar al saber, al valor y á la honradez, se prostituyen en la cintura de algunos bandidos. »

Para salvar las apariencias, Juárez dió á un tal José de la Luz Moreno unas instrucciones apremiantes de no descansar hasta llevarle muerto ó vivo á aquel foragido. Pero, la prueba de que Juárez obraba con su acostumbrada hipocresía, está en que este mismo Luz Moreno estuvo combinando con Carvajal diferentes ataques á las poblaciones, mereciendo más tarde que Juárez llamara « los bravos de Carvajal » á la fuerza que este guerrillero tenía á sus órdenes, y estaba « compuesta en su mayoría, dice un juarista, de todos los desechos sociales » (*Gal.* t. 1. p. 154)

Cuando asesinaron á Carvajal, el 9 de junio de 1872, inmenso fué el dolor que esa muerte causó á los liberales; y prueba de ello fué « el entierro solemne » que hicieron á tan insigne héroe. (Payno) 'A este propósito decía un periódico liberal: « Los atentados á la moral cometidos por Juárez y Lerdo corren parejas con sus atentados á la Constitución. 'A las observaciones que algunos hacían sobre el inconveniente que resultaba de que se diesen mandos importantes á personas de antecedentes vergonzosos, contestaron que ésos

eran escrúpulos pueriles; que la independencia había de salvarse confiando su defensa á bandidos y ramerías; y se dieron facultades á individuos de pésimos antecedentes para cometer atropellamientos de todo género, de que aun conservan un recuerdo indeleble los Estados fronterizos. » (*La Voz de Jalapa* citada por *El Mensajero* de junio de 1871)

Juárez, sin embargo, se lamentaba de aquellos males; y así lo escribió, el 2 de marzo de 1860, á Epitacio Huerta: « Lamento como usted los excesos que cometen algunos de los guerrilleros que nos auxilian; pero es preciso tolerarlos en odio á los reaccionarios, porque de otro modo nos abandonarían. Creo que usted habría como yo estipulado que, al cortar cuentas, no se moleste ni se persiga á los que tan eficazmente nos han ayudado; pues, aunque nuestros aliados ven con ojeriza á Rojas, á Carvajal, á González Ortega y á Pueblita, yo les he hecho comprender que obran así por instrucciones mías, y para quitar toda clase de elementos al enemigo. » (*Av.* Abril 1860)

« Para formarse una idea de lo que eran las guerrillas (liberales) y de cómo se las miraba en las poblaciones, léase el libro de Ireneo Paz, *Algunas Campañas*, en que se describe esa época espantosa, con los colores de la realidad, nos dice un escritor liberal. Un anciano que en los principios de 63 era mozo y emigró á los Estados Unidos para trabajar allá en defensa de la causa republicana, me ha referido los tártagos y sustos que le ocasionaron á su vuelta ¿los franceses? ¿los afrancesados? No, pura y simplemente las fieras republicanas que merodeaban en el sur de Jalisco. Rojas había prometido fusilar, mirándolos como traidores, á los juaristas que no tomasen las armas, y cuando mi informante y sus amigos, hombres de pluma, desembarcaron en Manzanillo y avanzaron hacia el interior del país, experimentaron varias curiosas impresiones: sentirse confortados al ver un puesto francés, alegrarse al saber que no andaban guerrillas por los lugares que tenían que recorrer, y alzar las manos al cielo al percatarse de que el paladín republicano, el guerrillero ideal, Rojas había sido muerto en una refriega con los franceses. » (*Sal.* p. 11)

En los días 26 y 27 de enero de 1860, este paladín republicano, apoyado de una de fuerza de mil bandidos, atacó la villa de San Juan del Teul, en Zacatecas, defendida por los trescientos vecinos de esta población quienes rechazaron cuatro veces á los sitiadores hasta que sucumbieron á la superioridad numérica de éstos. Durante los tres días que siguieron á la toma de San Juan del Teul, « Rojas, escribe Vigil, el mismo según el cual la causa liberal no fué manchada con la sangre de ningún enemigo vencido, Rojas cometió los más atroces atentados. »

Sus bandidos violaron públicamente en las calles á todas las mujeres que encontraron, arrastrando á muchas de ellas al templo para ser allí deshonradas.

El presbiterio se convirtió en establo de caballos, las albas se dedicaron para camisas de las meretrices que acompañaban á esas chusmas; y los demás ornamentos, después de haber sido puestos por algunos léperos que se burlaron de lo más sagrado, sirvieron de sudaderos de sus caballos.

Saqueado el templo, Rojas quiso incendiarlo; y con este fin mandó acopiar cuanta leña pudo conseguir, ordenando que el joven criado del señor cura, fuera quien ejecutara esa horrible iniquidad. Con la sencillez propia de su corazón y de su edad, el joven manifestó que él jamás quemaría á su madre la iglesia, y en el acto fué fusilado por esta noble contestación.

Muchas personas se habían refugiado en el curato creyendo que ahí tendrían más seguridad. Rojas mandó desnudarlas de todos sus vestuarios que adjudicó á los verdugos, y después las hizo fusilar.

Entre las 160 personas fusiladas, (*Vil*) hubo varias mujeres ancianas y aun niños que no tenían ni cinco años de edad, y que fueron sentenciados á muerte sólo por el hecho de invocar á Dios ó á los santos, ó por no querer dar vivas á la Constitución y muera á la religión.

Fué tanta la sangre derramada en esa ocasión, que el patio del curato se convirtió en lago de sangre, siendo preciso abrir un caño para que ésta pudiera salir para la calle.

Rojas buscó por todas partes al señor cura; y furioso de no poderlo hallar para ejecutar en él sus crueldades, mandó sacar los ojos al perro del sacerdote dejando vivo al pobre animal.

Antes de salir de San Juan del Teul, saqueó todas las casas, quemó todo lo que no pudo robarse, y se llevó á las esposas é hijas de sus víctimas para entregarlas á los sátiros y bandidos que lo acompañaban.

Pocos días antes, Rojas había cometido los mismos crímenes en la Estanzuela. Los vecinos de este pueblo, sin armas casi todos ellos, se defendieron heroicamente hasta que Rojas logró entrar en la plaza fusilando á cosa de cien personas con los dos únicos sacerdotes que había en el pueblo.

El 14 de febrero de aquel mismo año de 1860, llegó á Aguascalientes conduciendo á trescientos criminales á quienes González Ortega había sacado de las cárceles de aquella ciudad para regalarlos á Rojas. Un sacerdote que no pudo huir con tiempo de Aguascalientes, cayó en poder de Rojas quien le dió un baño de petróleo y en seguida le aplicó fuego, espirando el infeliz en medio de tormentos indecibles. (*Av.* 7 marzo 1860) En Aguascalientes, mandó matar veinte personas, niños, mujeres y ancianos, sólo porque se le perdieron dos caballos. (Julio Guerrero. *La Génesis del Crimen.* p. 247)

Por dondequiera que pasasen sus chusmas, se repetían las mismas escenas: ésto es, dice Ireneo Paz: « El comercio daba su dinero, las mujeres su honor, y los pobres sus caballos. » (t. 1. p. 91) Y ¡ay de aquéllos que se resistían á cumplir con los deseos de esos bandidos! « Las poblaciones en donde no sean recibidas las fuerzas republicanas con regocijo, decía Rojas en su plan de Zacate Grullo, serán incendiadas y sus habitantes obligados á pelear como soldados rasos ó pasados por las armas. Todos los prisioneros que se hagan al enemigo serán pasados por las armas inmediatamente sin necesidad de identificarse la persona. Todas las propiedades de los particulares pasan á ser propiedad de las Brigadas Unidas (de Rojas, Herrera y García); en consecuencia, todos aquéllos que se rehusen á proporcionar víveres, pasturas, dinero y cuanto más se les pidiere, serán pasados por las armas. Todos

aquéllos que no aprueben el presente pacto, serán considerados como enemigos y pasados por las armas. »

Oigamos ahora á Ireneo Paz, quien anduvo algún tiempo en compañía de esta fiera humana. « La columna de Rojas se componía de unos tres mil hombres de combate, pero iban allí más de ocho mil personas. El número de las mujeres era superior al de los hombres. Cada oficial de Rojas llevaba un estado mayor, y hasta los soldados llevaban ordenanzas que les estiraban sus caballos de mano, porque no se había dejado un solo caballo en ranchos, haciendas y poblaciones. A menudo se oían disparos de pistola : era que se ofrecían frecuentes disputas entre los soldados y oficiales por las mujeres y los caballos que eran los que componían por entonces el principal botín. Se hacían de palabras y como la costumbre era pelear por cualquier cosa, sacaban las pistolas y disparaban á quema ropa quedando algunos de los combatientes en el camino. Tuve oportunidad de ver otras escenas espantosas, y eran las rancherías y haciendas que estaban al paso completamente saqueadas. Aquellos desalmados, luego que no encontraban qué robar, prendían fuego á los graneros y á cuanto no podían echarse á las maletas. Todas las trojes llenas de maíz y de otras semillas, lo mismo que de pasturas, eran incendiadas sin misericordia; y para hacer ese mal gravísimo, los soldados por instinto feroz, se apartaban hasta cinco leguas del camino para llevar por todas partes el robo y el incendio. Todavía hubo otros horrores que la pluma se resiste á describir. No hubo casa ni casucha en nuestro tránsito que no fuera saqueada, ni población que no se destruyera. Piaya, el Conejo, el Platanar, la hermosa hacienda de San Marcos y todo cuanto más se encontraba á nuestro paso, fué reducido á escombros. Peores que los Vándalos, aquellos salvajes iban dejando atrás sólo ruinas, desolación y espanto... »

« Al aproximarse á Colima adonde iban á poner sitio, Rojas, Simón Gutiérrez, Rochín, Julio García y algunos otros jefes de bandidos, tuvieron una junta de guerra en que discutieron, no un plan de ataque, sino un proyecto de saqueo. Yo quiero el lado de los almacenes, dijo Simón Gutiérrez. Éso me toca á mí, contestó Rochín indignado. Ustedes irán por las huertas, les dijo Rojas : mis muchachos son los que más necesitan remediarse. Tú tienes mucho dinero que darles. Sí, pero no querían venir de los pueblos de Jalisco, sino después de haberles ofrecido que se repondrían con los almacenes de Colima. También los míos vienen con esa condición. Vamos á otra cosa, dijo Rojas, ¿quién manda en jefe? Ante esta respuesta todos se quedaron callados. » (t. I. p. 95 y 116)

Hé aquí representada, aunque en rasguño y boceto, por un liberal y masón fanático, la fisionomía de esa fiera llamada Antonio Rojas, que enterraba vivos á los hombres, incendiaba las fincas con sus habitantes dentro, desertaba de la defensa de Puebla (Remigio Tovar. *Las Peregrinaciones Religiosas*), « cortaba la planta de los pies á sus víctimas », (*Imp.* t. 2. p. 341) « acostumbraba sacar los ojos y hacer peores diabluras con los enemigos » (*Paz*), mandó sacar los ojos con la punta de un puñal á los oficiales conservadores José Antonio González, y Matilde Murillo (*Za*); fué causa de que se suicidara el General Calatayud cuando éste conoció la posibilidad de caer

prisionero de ese monstruo; y « derramó, agrega Ireneo Paz, más sangre humana que todos los tiranos del mundo. » (t. I. p. 117 y 120)

Crímenes tan horribles no excitaban la más leve indignación entre los prohombres del partido liberal, y parecía que formaban parte de su programa político, como lo dice Cosmes en estas líneas : « El gobierno de Juárez convertía su poder en escudo para la impunidad de los asesinatos y de otros crímenes. » (t. 20. p. 871) Vinieron á acreditarlo primero, el extrañamiento que Ocampo, Ministro de Juárez, hizo á Carvajal tocante á su culpable « benignidad, dulzura, caridad é inspiraciones de su corazón generoso; » segundo, el nombramiento de general extendido por Juárez á Rojas que nunca supo firmar; tercero, el título de amigo y calificativo de Excelentísimo que aquél le daba en sus cartas; aun después de lo del Teul no le apeaba el Excelentísimo; cuarto, la determinación del General José María Arteaga en rechazar la renuncia que de su cargo aparentó hacer Rojas, contestándole Arteaga desde Autlán el 7 de noviembre de 1864, en los siguientes términos : « Me sería imposible admitir la renuncia de usted..., no está en mi mano permitir que se separen los jefes que por sus antecedentes, principios y constancia han prestado sus servicios á la causa nacional... Ud como militar y como liberal, se ha creado una reputación que se comprometería para siempre si, sin motivo, se separara. » (De unas cartas originales que prestó al autor el General y Licenciado D. Remigio Tovar, y que ahora se hallan en poder de su sobrino, D. Agustín Tovar). Finalmente, ¿qué mejor reconocimiento y aprecio de los servicios que este insigne bandido prestó á la causa de la barbarie, que la honra por cierto bien merecida que se le hizo de colocar su repugnante retrato en la galería de los hombres ilustres del partido liberal, cuando en 1867 Juárez entró á México? (R. Tovar. op. cit. p. 126)

Hemos creído útil, venciendo nuestra repugnancia, referir algo de las torpezas y horrores que en nombre del progreso y de la civilización cometió el bando juarista; porque creemos que « no conviene, por un muelle y femenino sentimiento, apartar la vista de aquellas abominaciones que se quiere hacer olvidar á todo trance. Más enseñanza hay en ellas que en muchos tratados de Filosofía; y todo detalle es aquí fuente de verdad y clave de enseñanza histórica. » (*Het.* 3. p. 594)

CAPÍTULO X.

Segundo sitio de Veracruz por Miramón. — Desaliento de los liberales; Juárez pide y obtiene la intervención norteamericana. — Captura de la escuadrilla de Marín por vapores norteamericanos.

LOS crímenes inauditos que por todas partes cometían los defensores de la Constitución y leyes de Reforma, atrajeron la execración pública sobre la causa por ellos defendida, y hasta les enajenaron las simpatías de sus antiguos